En la Catedral de Barcelona

Especial desde España para LA REPUBLICA
Por José León Sánchez

Ando buscando la piedra de alabastro. Esa piedra grande, blanca, tallada en una sola pieza, donde fueron bautizados los cinco indios que Colón trajo en su regreso de América. Un hombre mayor, catalán de a filo, se me acerca y me dice.

—He aquí vuestra piedra.

José L. Sanchez

Gracias. Se llama Francisco Fábregas y es de sus manos como voy conociendo esta hermosa sinfonía de piedra y fe. Cuando terminamos la ronda y trato de darle un duro de propina, me dice:

—Guardad vuestras pesetas y que todo sea por la gloria de Dios— y se va en busca de otro turista atolondrado como yo para hacerle la historia de Santa Eulalia, el Cristo de Lepanto donde se hizo la gran batalla, todo negro "por el humo de nuestros cañones" y donde perdió la mano el gran Cervantes.

—Este Cristo miró el momento en que don Miguel perdió la mano.

Catedral de Barcelona. Ciudad Condal. Habitada —no por españoles— sino por catalanes.

—Vosotros como nosotros fuimos invadidos por los españoles. Vosotros habéis conquistado la libertad, pero aquí seguimos a la espera, me dice Francisco.

Alrededor de donde se encuentra la Eucaristía están las tumbas de los Obispos, Arzobispos, Abades y Santos que rigieron los destinos del Condado desde su voz sagrada. Están ahí San Ponciano, Lampio, Nundinario, Nebridio, Ugno, Severo, Quirico, Idalio, Laúlfo, Frodoiono y todos con sus fechas y hora exacta del día en que ascendieron hasta el cielo: desde 890 de nuestra era en que le empiezan a escasear los Santos a estos condados y partiendo del martirio de Santa Eulalia que se presume fue llevado a cabo en el siglo III. Ella compartió las palmas del Martirio con San Cucufante. Aunque conocida universalmente, como La Catedral de Barcelona, esta se llama la Iglesia de Santa Eulalia. Es el nombre de una niña de doce años que en el Siglo Tercero de Nuestra Era Cristiana se negó a adorar a los dioses. Los soldados romanos la torturaron, la hirvieron en aceite, la asaron sobre brasas y nada le pasó. Terminaron sacrificándola en forma de hasta y así murió.

Hoy está ahí sepultada en un catafalco de mármol y oro dentro de una cripta que los curiosos y fieles suelen visitar y que está llena de alabastros, de oro, de lámparas de plata, de sentidas oraciones. Los milagros que Santa Eulalia ha hecho superan a todos los demás de todos los santos. Así lo dicen los catalanes con un fervor tal que alguna vez uno piensa si Jesús no fue también catalán.

—Aquí está la piedra... —me repite Francisco Fábregas, de 90 años, con ochenta años de vivir cerca de las piedras de esta Catedral.

Ahí está la piedra. Veo a los Reyes Católicos. Veo al Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Barcelona cómo deja caer agua purísima sobre la frente de cinco pobres indios que han venido con Colón en una maltrecha carabela. El lugar reviste una gran solemnidad. La pila es una sola pieza de alabastro color de paloma de un metro de altura. Esta pila se encuentra en el Bautisterio que fue construido allá por el año de 1420.

La pila bautismal está tallada en mármol de Carrara hecha en forma de copa con aristas helicoidales por el florentino Onofre Juliá. La decoración en piedra que representa a San Juan Bautista y Jesús tomando las aguas bautismales fue esculpida por Antoni Canet en 1405.

Aquí es donde sucedió la gran historia ya que el día no citado del mes de abril de 1493 los Reyes de España fueron padrinos de los indios que Colón trajo de América...